

*Ernesto Volkening y Nicolás
Gómez Dávila. Diario de lectura,
hermenéutica y crítica literaria
en Colombia*

Presentación

Hemos decidido incluir este texto de Nicolas Malebranche (París, 6 de agosto de 1638 - 13 de octubre de 1715) sobre Montaigne, el cual hace parte de su libro *De la recherche de la vérité* (1674-1675), como una manera de contribuir a la lectura de una obra que, como la discutida en este número de *Co-herencia*, tiene una profunda filiación con los géneros ensayísticos. Resulta también de interés considerar la encrucijada que las escrituras argumentativas con orientación artística enfrentan en la historia del pensamiento, a saber, la inclinación a una búsqueda de la verdad o la entrega a los poderes de la imaginación y la voluntad de estilo. El rechazo prematuro del ensayismo encuentra en el texto de Malebranche un sabor característico (en su crítica, además de Montaigne, incluye a otros autores, oscuros precursores del ensayo, como Séneca y Tertuliano). Este sabor ilumina, no solo la escritura de Nicolás Gómez Dávila, sino también la respuesta crítica de Ernesto Volkening, uno de los ensayistas más importantes de la segunda mitad del siglo XX en Colombia.

Del libro de Montaigne*

DOI: 10.17230/co-herencia.20.38.1

Nicolas Malebranche

Los *Ensayos* de Montaigne nos sirven de prueba de la fuerza que tienen algunas de nuestras fantasías sobre otras, puesto que este autor tiene un cierto aire libre, dándole una vuelta tan natural y viva a sus pensamientos, que es difícil leerlo sin preocuparse. La negligencia que tanto le gusta le queda muy bien y lo vuelve amable a la mayor parte del mundo sin tornarlo despreciable, y su orgullo es como un orgullo de hombre honesto, si se puede decir así, que inspira respeto sin suscitar odio. El porte caballeroso y despreocupado, sostenido por cierta erudición, produce un efecto tan prodigioso sobre el espíritu, que a menudo seguimos lo que decide sin siquiera examinarlo, o incluso sin entenderlo. Nunca son sus razonamientos los que persuaden, y casi no aporta ninguno sobre aquello que sostiene, o por lo menos ninguno que sea sólido. En efecto, no hay ningún principio sobre el cual Montaigne funda sus razonamientos y no existe un orden del cual se podrían deducir sus principios. El esbozo de una historia no prueba nada, un pequeño cuento no demuestra, dos versos de Horacio, un apotegma de Cleomenes o de César no han de persuadir a la gente razonable; y aun así, estos *Ensayos* no son más que un esbozo de historia, que pequeños cuentos, palabras amables, dísticos y apotegmas.

* Nicolas Malebranche, 1842, "Du livre de Montaigne", *Œuvres de Malebranche* (introduction de Jules Simon), *Livre second: De l'imagination; Partie troisième, Chapitre V*, Charpentier, Libraire-éditeur, pp. 324-336. [Versión digital: <https://bit.ly/44Gbj0J>].

Traducción de Francia Elena Goenaga, Profesora Jubilada de la Universidad de los Andes, Bogotá-Colombia, y Efrén Giraldo, Profesor Distinguido de la Universidad EAFIT, Medellín-Colombia. Revisión de León Correa.

Es cierto que no debemos ver a Montaigne en sus *Ensayos* como un hombre que razona sino como un hombre que se divierte, que se propone complacer más que enseñar, y si aquellos que lo leen solo se divirtieran, habría que admitir que este libro no les vendría mal. Pero es casi imposible no amar lo que gusta y no alimentarnos de lo que place al gusto. La mente no puede gozarse en la lectura de un autor sin mezclar los sentimientos, o al menos sin recibir cierto matiz de ellos, que oscurece las ideas y las vuelve confusas.

No solamente es peligroso leer a Montaigne por diversión, pues el placer que se encuentra nos hace inmiscuirnos insensiblemente en sus sentimientos, sino que es un placer más criminal de lo que se piensa, que nace principalmente de la concupiscencia y no hace otra cosa que fortalecer las pasiones; pues la manera de escribir de este autor solo es agradable porque nos toca y despierta nuestras pasiones de una manera imperceptible.

Sería útil probar lo anterior en detalle y, de manera general, probar que los diversos estilos nos gustan usualmente por la corrupción secreta de nuestro corazón, pero no lo desarrollaré porque tomaría mucho tiempo. Sin embargo, si se desea reflexionar sobre la relación entre las ideas y las pasiones de la que hablé antes,¹ y sobre lo que sucede dentro de sí al leer una pieza bien escrita, podríamos admitir, en cierto modo, que si amamos, por ejemplo, el género sublime, el aire noble y libre de ciertos autores, es porque somos vanidosos y amamos la grandeza y la independencia, y que este gusto que encontramos en la delicadeza de los discursos afeminados no tiene otra fuente que una secreta inclinación por la blandura y la voluptuosidad; en una palabra, se trata de una inteligencia que concierne a aquello que toca nuestros sentidos, y no la inteligencia de la verdad, que hace que ciertos autores nos gusten y nos atrapen a pesar de nosotros. Pero volvamos a Montaigne.

Me parece que sus más grandes admiradores lo alaban, en cierto modo, por ser un autor dedicado y alejado del pedantismo, y por haber conocido perfectamente la naturaleza y debilidad humanas. Entonces, si consigo demostrar que Montaigne, incluso siendo caballeroso, no

¹ En el último capítulo de la primera parte de este libro.

deja de ser un pedante como muchos, y que no ha tenido más que un conocimiento mediocre de la mente, haré ver que aquellos que más lo admiran lo hacen no porque estén persuadidos por razones evidentes, sino porque los ha ganado la fuerza de su imaginación.

El término *pedante* es equívoco, pero, en mi opinión, el uso y aun la razón misma nos hacen llamar pedantes a aquellos que por hacer gala de su falsa ciencia citan por aquí y por allá toda suerte de autores, que hablan simplemente por hablar y por hacerse admirar de los tontos, que amasan sin juzgar y sin discernimiento apotegmas y trazos de historia para probar o hacer como si probaran cosas que solo pueden ser probadas con razonamientos.

Pedante se opone a razonable, y lo que hace detestables a los pedantes para las personas de espíritu es que no son razonables; pues, como las personas inteligentes aman razonar, no pueden soportar la conversación de aquellos que no razonan. Los pedantes no pueden razonar porque su mente es estrecha o, en cualquier caso, porque está llena de una falsa erudición; y no quieren razonar porque ven que ciertas personas los respetan y admiran mucho más cuando citan autores desconocidos y apotegmas de los antiguos, que cuando intentan razonar. De esta manera, su vanidad, satisfecha con ver el respeto que les tienen, los impulsa al estudio de todas las ciencias extraordinarias que atraen la admiración del común de los hombres.

Los pedantes son, pues, vanos y orgullosos, tienen una gran memoria y poco juicio, son hábiles y fuertes con las citas, desafortunados y débiles con los razonamientos, y poseen una imaginación vigorosa y amplia, pero volátil y desordenada, y que no puede mantenerse en lo que es justo.

No será ahora tan difícil probar que Montaigne era tan pedante como muchos otros siguiendo esta noción de la palabra pedante, que me parece la más conforme a la razón y al uso; pues yo no hablo aquí de pedantes aristócratas: el hábito no hace al pedante. Montaigne, que tanta aversión tiene por la pedantería, bien podía nunca llevar puesta ropa de distinción, pero, de la misma manera, no podía deshacerse de sus propios defectos. Se esforzó mucho por darse un aire caballeroso, pero no trabajó por tener un espíritu justo, o por lo menos no lo logró. Así, se ha convertido más bien en un pedante

caballeroso de un tipo muy singular, que en un hombre razonable, sensato y honesto.

El libro de Montaigne contiene pruebas tan evidentes sobre la vanidad y el orgullo de su autor que parecería tal vez inútil señalarlos; pues hay que estar muy lleno de sí mismo para imaginarse, como él lo hace, que el mundo querría leer un libro bastante grueso para obtener algún tipo de conocimiento de nuestros humores. Es claro que tenía que distinguirse del común de los hombres, y que tenía que considerarse un hombre extraordinario.

Todas las criaturas tienen la obligación esencial de desviar las miradas de aquellos que desean adorarlos, y orientarlas hacia aquel que merece ser adorado; y la religión nos enseña que no debemos jamás soportar el hecho de que la mente y el corazón del hombre, hecho solamente para Dios, nos cuide y se quede admirándonos y amándonos. Cuando san Juan se arrodilló delante del ángel del Señor,² este le prohibió adarlo: *Yo soy un servidor*, le dice el ángel, *como tú y tus hermanos; es a Dios a quien deben adorar.*³ Solamente los demonios, y los que participan del orgullo de los demonios, se complacen en ser adorados; y este querer ser adorado no es una adoración exterior y aparente, sino una adoración interior y verdadera de querer que los otros hombres se ocupen de nosotros: es querer ser adorado como Dios quiere ser adorado, es decir, por contemplación y verdad.

Montaigne escribió su libro para pintarse a sí mismo y para representar sus humores y sus inclinaciones. Lo confiesa en la advertencia al lector, integrada en todas las ediciones: *Es a mí a quien pinto*, dice, *soy yo mismo la materia de mi libro*; y esto se nota bastante al leerlo, pues hay pocos capítulos en los que no haga una pequeña digresión para hablar de él, e incluso hay capítulos enteros en los cuales solo habla de él. Pero si compuso su libro para describirse a él mismo, también lo imprimió para ser leído. Quiso, pues, que los hombres lo vieran y le pusieran atención, aunque haya dicho que no hay *razón para emplear su tiempo de ocio en un tema tan frívolo y vano*. Estas palabras no hacen más que condenarlo, pues si creía que no había *razón* para gastar nuestro tiempo leyéndolo, actúa, entonces,

² Apocalipsis 19, 10.

³ *Conservus tuus sum, etc. ; Deum adora.*

en contra del sentido común al imprimirlo. Así, estamos obligados a creer, ya sea que no dijo lo que pensaba, o que no hizo lo que debía hacer.

E incluso, es una excusa agradable de su vanidad cuando dice que lo escribió *para sus padres y amigos*, pues si esto ha sido así ¿por qué ha hecho tres impresiones? ¿Acaso una sola no era suficiente? ¿De dónde viene, pues, que haya aumentado su libro en cada edición, y qué significa que jamás haya tachado nada, si no es que la fortuna le facilitó sus intenciones? *Yo añado*, dice, *pero no corrijo, porque aquel que ha hipotecado al mundo su obra, encuentra una apariencia a la que no tiene derecho. Que nos diga entonces, si podría hacerlo mejor en otra parte, sin corromper la obra que ha vendido. A tales gentes no se les debería comprar nada sino hasta después de su muerte, que se lo piensen bien antes de publicarse. ¿Quién los apura? Mi libro siempre es uno*, etcétera.⁴ Montaigne quiso publicar e hipotecar su libro al mundo, tanto como a sus padres y amigos. Aun así, su vanidad sería igual de criminal si, por un tiempo suficiente para leer el libro, solo hubieran sido sus padres y amigos a quienes les dirigió la mirada y les hizo detener la mente y el corazón.

Si hablar a menudo de sí mismo es un defecto, admirarse a sí mismo en todo momento, como hace Montaigne, es una impertinencia o, más bien, una suerte de locura: pues no es solamente pecar contra la humildad cristiana, sino también chocar contra la razón.

Los hombres están hechos para vivir juntos y para formar cuerpos y sociedades civiles. Pero es necesario señalar que todos los particulares que componen las sociedades no quieren ser vistos como mínimas partículas del cuerpo al que pertenecen. Así, aquellos que se alaban, poniéndose por encima de los otros, mirándolos como las partes más ínfimas de la sociedad y considerándose a ellos mismos como las principales y más honorables, se vuelven necesariamente odiosos para todo el mundo, en lugar de hacerse amar y estimar.

Es, pues, vanidad indiscreta y ridícula de Montaigne alabarse todo el tiempo, pero es aún más exagerada cuando pinta sus defectos. Pues si estamos atentos, veremos que Montaigne presenta

⁴ Cap. 9, l. 3.

únicamente los defectos alabados, a causa de la corrupción de la época, por la corte; se atribuyó aquellos defectos que pueden hacerlo pasar por un espíritu fuerte, aquellos que le dan un aire de caballero; y todo esto, para que, gracias a esta franqueza simulada de la confesión de sus desórdenes, le creamos más cuando se halaga. Montaigne tiene razón al decir que *apreciarse y despreciarse nacen, a menudo, del mismo aire de arrogancia*.⁵ Esto siempre es una marca certera de que uno está lleno de sí mismo; y Montaigne me parece más vano y más orgulloso cuando se culpa que cuando se halaga, pues es un orgullo insoportable sacar beneficios de sus defectos en lugar de humillarse. Estimo más a un hombre que oculta sus crímenes por vergüenza, que aquel que los publica por insolencia, y me parece que hay horror en la manera caballeresca y poco cristiana con la cual Montaigne presenta sus defectos. Pero examinemos las otras cualidades de su mente.

Si creemos en la palabra de Montaigne, nos persuadiremos de que es un hombre *sin ninguna retención; que no tenía dónde guardar recuerdos, y que le faltaba la memoria*,⁶ pero que no carecía de sentido ni de juicio. Sin embargo, si creemos en el autorretrato que él hace de sí mismo, quiero decir su propio libro, no estaremos de acuerdo: *No sabría recordar un encargo sin escribirlo, dice él, y cuando tengo un propósito, si es a largo plazo, debo reducirme a esa vil y miserable necesidad de aprender de memoria palabra por palabra lo que voy a decir; de otra forma, no tendría ninguna seguridad, pues mi memoria me podría jugar una mala pasada*.⁷ ¿Acaso le falta más razón que juicio a un hombre que puede aprenderse de memoria, palabra por palabra y de un trazo, un largo discurso para parecer educado y ganar confianza? Se le puede creer a Montaigne cuando dice de sí mismo: *Tengo que llamar a mis servidores por sus funciones en la casa o por la región de la que vienen, pues me es difícil recordar nombres; y si vivo mucho tiempo, no dudo que se me olvidaría mi propio nombre*.⁸ ¿Un simple caballero, que se aprende de memoria, palabra por palabra, largos discursos, tiene tantos oficiales a su cargo que no puede acordarse de sus nombres? Un hombre *nacido*

⁵ Libro 3, cap. 13.

⁶ Libro 2, cap. 10.

⁷ Libro 1, cap. 24.

⁸ Libro 2, cap. 17.

y alimentado en el campo, y que, además de sus labores, tiene negocios y finanzas en manos, y que dice que ignorar aquello que está a nuestros pies, aquello que tenemos entre las manos, aquello que observa de más cerca el seso de la vida, es cosa bien alejada de su dogma,⁹ ¿acaso puede olvidar los nombres franceses de sus empleados? ¿Acaso se puede ignorar, como él dice, la mayoría de nuestras monedas, la diferencia de un grano al otro en el campo y en el granero, si esta no es muy visible, los principios más básicos de la agricultura que hasta los niños saben, como para qué sirve la levadura del pan y qué significa curar el vino?¹⁰ ¿Y, aun así, tener la mente llena de nombres de antiguos filósofos y de sus doctrinas, de las ideas de Platón, de los átomos de Epicuro, de lo pleno y lo vacío de Leucipo y Demócrito, del agua de Tales, del infinito de la naturaleza de Anaximandro, del aire de Diógenes, de los números y la simetría de Pitágoras, del infinito de Parménides, del uno y de las musas, del agua y del fuego de Apolodoro, de las partes similares de Anaxágoras, de la discordia y la amistad de Empédocles, del fuego de Heráclito, etcétera?¹¹

Un hombre que en tres o cuatro páginas de su libro nos da cuenta de más de cincuenta autores diferentes con sus opiniones; que colmó su obra con pequeñas historias y apotegmas amontonados sin orden alguno; que dice que la historia y la poesía son su *presa en lo que concierne a la materia de sus libros*; que se contradice en todo momento y hasta en un mismo capítulo, aun cuando habla de cosas que pretende saber mejor, es decir, cuando habla de las cualidades de su espíritu, ¿debería regodearse de tener más juicio que memoria?

Confesemos aquí que Montaigne era *excelente en olvido*, pues nos asegura que desea que tengamos esa impresión de él, cosa que a fin de cuentas no es contraria a la verdad. Pero no nos dejemos persuadir por su palabra o por las alabanzas que se da a sí mismo, de que es un hombre de gran sentido y de una penetración de espíritu extraordinaria. Esto podría hacernos equivocar y darles demasiado crédito a las opiniones dañinas y falsas que nos proporciona con un orgullo y una habilidad dominantes, que no hacen más que apelmazar la mente y deslumbrar a los espíritus débiles.

⁹ Libro 2, cap. 17.

¹⁰ Libro 2, cap. 12.

¹¹ Libro 1, cap. 26.

La otra alabanza que otorgamos a Montaigne es que tenía un conocimiento perfecto del espíritu humano; que había logrado penetrar el fondo, su naturaleza y sus propiedades; que sabía lo que era fuerte y lo que era débil, en una palabra, todo lo que podría saberse sobre la naturaleza humana. Veamos si Montaigne merece estos agasajos y de dónde viene nuestra liberalidad por él.

Aquellos que lo han leído saben que a este autor le gustaba pasar por pirroniano y que se jactaba de dudar de todo. *La persuasión de la certeza*, dice él, *es un cierto testimonio de locura y de incertidumbre extremas, y no hay gente más loca ni menos filosófica que los filodoxos de Platón.*¹² Al contrario, alaba tanto a los pirronianos en el mismo capítulo que es imposible que no perteneciera a esta secta: era necesario en su época, para pasar por hábil y gallardo, dudar de todo, y la cualidad de espíritu fuerte de la cual él se jactaba lo comprometía aún más con sus opiniones. Así, suponiendo que es un académico, podríamos, de golpe, convencerlo de ser el más ignorante de todos los hombres, no solamente en lo que respecta a la naturaleza del espíritu, sino en cualquier otra cosa. Porque hay una diferencia esencial entre saber y dudar; si los académicos dicen lo que ellos piensan mientras aseguran que no saben nada, podemos decir que son los más ignorantes de todos los hombres.

Pero no son solamente los más ignorantes, también son los defensores de las opiniones menos razonables. Porque no solo rechazan lo que es más cierto y universalmente recibido, para hacerse pasar por espíritus fuertes, sino que también, por el mismo golpe de imaginación, les place hablar de una manera decisiva de las cosas más inciertas y menos probables. Montaigne sufría visiblemente de esta enfermedad de la mente, y es necesario decir que no solamente ignoraba la naturaleza humana, sino que incluso estaba en un grave error al respecto: esto suponiendo que nos haya dicho lo que pensaba, como tenía que hacerlo.

Pues ¿qué podemos asegurar de un hombre que confunde el espíritu con la materia; que da cuenta de las opiniones más extravagantes de los filósofos sobre la naturaleza del alma sin despreciarlos, y que hasta

¹² Libro 1, cap. 12.

parece aprobar las más opuestas a la razón; que no ve la necesidad de la inmortalidad de nuestras almas; que piensa que la razón humana no puede reconocerla, y que considera las pruebas que damos como sueños que el deseo hace nacer en nuestras almas: *Somnia non docentis sed optantis*; qué podemos asegurar de un hombre que contradice que *los hombres no son presa de las otras criaturas y se distinguen de las bestias, que denomina nuestras hermanas y compañeras*,¹³ y que cree que hablan, entienden, y se burlan de nosotros de la misma manera que nosotros hablamos, entendemos y nos burlamos de ellas; que pone entre dos hombres más diferencia que entre los hombres y las bestias; que le otorga *capacidad de deliberación* a las arañas, además de *pensamiento* y *capacidad de síntesis*; y que, después de haber sostenido que la disposición del cuerpo del hombre no tiene ventaja alguna sobre la de las bestias, acepta voluntariamente este sentimiento: que *no es por la razón, la palabra o el alma que nos distinguimos de los animales sino por nuestra belleza, nuestro bello semblante, y la bella disposición de nuestros miembros, por la cual hay que dejar de lado a la inteligencia y la prudencia, y a todo el resto, etcétera?* ¿Acaso podemos decir que un hombre, que se sirve de las opiniones más raras para concluir que *no es el verdadero discurso sino la terquedad y el orgullo lo que nos hacer sentir superiores a los otros animales*, tenga un conocimiento muy exacto del espíritu humano, y acaso creemos convencer a los otros de esto?

Pero hay que hacerle justicia y decir de buena fe cuál era su carácter. Montaigne tenía poca memoria y aún menos juicio, es verdad, pero estas dos cualidades no hacen juntas lo que ordinariamente llamamos en la corte la belleza del espíritu. Son la belleza, la vivacidad y la amplitud de la imaginación las que dan el aire de ser bello de espíritu. El común de los hombres estima lo que brilla y no lo que es sólido; porque amamos más lo que toca a los sentidos, y no lo que instruye la razón. Por ende, si tomamos así la belleza de la imaginación por la belleza del espíritu, podemos decir que Montaigne tenía una mente bella e incluso extraordinaria. Sus ideas son falsas, pero bellas; sus expresiones irregulares o atrevidas,

¹³ Libro 2, cap. 12.

pero agradables; sus discursos mal razonados, pero bien imaginados. Vemos en todo su libro un carácter original que gusta infinitamente: copista como es Montaigne, no se siente una copia, y su imaginación fuerte y hábil da siempre el toque original a las cosas que copia. Tiene, en suma, lo necesario para gustar e imponer; y yo pienso haber demostrado suficientemente que no es convenciendo a la razón que se hace admirar de tanta gente, sino tomando la atención de la gente con la vivacidad siempre victoriosa de su imaginación dominante **C**